

## *La rebeldía en el tiempo de la guerra: apuntes desde el laboratorio Madrid*

Ángel Luis Lara

### **O. Bienvenidos a Matrix.**

Una fecha en el calendario señalada por encima de las demás. Un día que a juicio de no pocos analistas y movimientos marca nuestras vidas y nuestro futuro. El 11 de septiembre de 2001: el desplome de las Torres Gemelas en la ciudad de Nueva York convertido en espectáculo, en imagen fija aún en nuestras retinas, abre una nueva página, inaugura una nueva época. Después del 11 de septiembre la irrupción de la guerra no solamente como instrumento de gobierno, sino sobre todo como instrumento ordenador del nuevo poder soberano sobre los procesos de globalización: la guerra como órgano constituyente. Si el neoliberalismo había operado un ataque sin tregua a esa experiencia neurótica de reformismo capitalista que fue el denominado Estado de bienestar en el norte del planeta, ahora impone la guerra como aparato de regulación y captura. Del welfare state al warfare state. Ante nosotros la dramática transición en curso.

Esa fecha supuso por su alcance y significado la apertura de un segundo ciclo de luchas globales. Si hasta entonces el movimiento de movimientos había crecido en torno a la constitución de eventos de protesta con un alto valor simbólico contra las multinacionales y las grandes instituciones mundiales de gobierno real (Fondo Monetario, Banco Mundial, G 8, Organización Mundial del Comercio, etc.), la oposición y alternativa a la guerra se convierten ahora en los elementos fundamentales de este nuevo ciclo de luchas planetarias. Las movilizaciones en la ciudad italiana de Génova marcan el último e intenso momento de una época de antagonismo que debe analizar el camino recorrido, sacar conclusiones y activar toda la inteligencia posible para cartografiar las rápidas mutaciones políticas, económicas y sociales que se suceden en el seno de los procesos de globalización. Ahora la guerra es el dato relevante.

En este contexto se ha producido la emergencia de un movimiento global contra la guerra que ha conmocionado a todo el mundo. Grandes e impresionantes manifestaciones, acciones de desobediencia civil y un consenso desconocido hasta la fecha en la oposición al ataque contra Irak son el paisaje de los últimos meses, un paisaje comunicado en tiempo real en todas partes del planeta por primera vez en la historia.

Una nueva época de oposición masiva a la barbarie y la necesidad de una nueva rebeldía capaz de preguntarse sobre sí misma, capaz de fugarse de la imposición de la lógica de la guerra, de cambiar las reglas del juego y moverle el tablero al poder. Por el camino la necesidad también de un léxico común a los movimientos, de un código compartido que haga posible las discusiones y los espacios de acción y enunciación colectiva. Atravesar democráticamente el movimiento con una matriz analítica que aporte contenido y capacidad estratégica de gestión y desarrollo de los conflictos es una tarea fundamental para los hombres y mujeres rebeldes. La rebeldía debe abrirse, escuchar, contaminarse, pero debe también mantener alta su capacidad propositiva y su determinación de búsqueda de nuevas formas de hacer política desde la radicalidad e inteligencia que exigen los tiempos en que vivimos.

Se terminó definitivamente la supuesta época dorada de la globalización tal y como nos la contaban los poderosos mercaderes del planeta. Ahora la guerra descarnada y evidente. Matrix luce altanera su hegemonía y su fuerza. Ese monólogo permanente que construye la realidad al mismo tiempo que habla de ella ocupa ya todo el planeta. Su producción de pánico, el despliegue de su inmensa paranoia, amenaza con borrar el futuro en una repetición ininterrumpida del presente. Pero en el mismo terreno que Matrix se agita también la rebeldía: una multitud en marcha para hackear el código fuente del sistema.

## 1. De qué guerra hablamos.

¡Por fin una guerra mundial  
totalmente total!  
*Subcomandante Insurgente Marcos*

Cuando en el seno de los movimientos se habla de la guerra se la define como global y permanente, señalando un cambio de paradigma bélico que se acompaña de una mutación fenomenológica y estructural importante. En los últimos años parece que se ha consumado la transición del modelo moderno de guerra a la denominada guerra global permanente.

La categoría de guerra moderna hace referencia a una guerra entre Estados soberanos. Se trata de conflictos que se desarrollan en el estricto marco del Derecho Internacional. Ese marco tiene como fundamento el llamado Derecho de Gentes europeo, cuyo origen se remonta a la necesidad de frenar y reconducir la peligrosa deriva bélica que asoló al viejo continente fundamentalmente durante el siglo XVI a través de numerosas guerras civiles y de religión. El antiguo Derecho de Gentes logró acotar la guerra dotándola de un espacio formal de principios y reglas de obligado cumplimiento que, entre otras cosas, censuraba toda discriminación moral entre los contendientes. A partir de entonces la neutralidad fue reconocida como institución y opción legítima, las partes en litigio protagonizaron relaciones formalmente simétricas y la guerra, además de carecer de un carácter penal y punitivo, se limitó a enfrentamientos militares reglados entre ejércitos estatales. Dichos enfrentamientos se desenvolvían en escenarios concretos y en lapsos de tiempo determinados que finalizaban con la concreción de tratados de paz entre Estados soberanos.

En nuestros días la guerra se mueve en un paradigma bien diferente que pone en cuestión y señala la crisis absoluta de los principios que gobernaban el modelo moderno. Es una guerra que desde el punto de vista geopolítico aparece como desterritorializada: su ámbito se extiende al conjunto del planeta. Desde el punto de vista normativo, se trata de una guerra que no se desarrolla entre Estados y no se circunscribe a las reglas que marca el Derecho Internacional. Su dimensión temporal, como la espacial, es ilimitada: asistimos a un proyecto bélico que se define como permanente al colocar en su punto de mira un supuesto enemigo perverso y difuso que se reproduce sistemáticamente y frente al que sólo caben medidas represivas de orden preventivo. La noción de "guerra preventiva" contra cualquier posible enemigo hace precisamente que toda perspectiva bélica se salga del estrecho marco del Derecho Internacional y que vulnere la propia Carta de Naciones Unidas, en la que en ningún caso se reconoce y recoge una noción de este tipo.

Por un lado, la guerra se mueve en una lógica de corte netamente moral y se presenta como "lucha indefinida contra el mal". Por otro lado, el enemigo que se propone tiene una naturaleza interna y está por todas partes. Es interno porque en cierta medida es sujeto activo de los procesos de globalización: Bin Laden y Sadam Hussein, por citar los casos más significativos, han sido creados y alimentados por las potencias occidentales y comparten el terreno de juego del mando neoliberal de la globalización, ya sea porque controlan fuentes y recursos energéticos vitales o porque son dueños de grandes capitales transnacionales. Está por todas partes porque el enemigo a combatir espectacular y formalmente es el llamado "terrorismo internacional": éste se presenta como una red global desterritorializada que excede y supera las fronteras de los Estados-nación.

Esta guerra, que como los procesos de globalización mismos y las nuevas modalidades de soberanía que los acompañan, no posee un afuera, presenta en el fondo sus intervenciones como acciones policiales de carácter quirúrgico. En este sentido, resulta conveniente señalar como dato relevante que en los últimos años la administración norteamericana no solamente ha desarrollado proyectos militares ligados a la denominada "Guerra de las galaxias", cuyo eje es la construcción de su famoso escudo espacial, sino que además ha llevado a cabo la transformación de su ejército en tropas de fácil utilización y con capacidad para desplazarse rápidamente por el planeta, algo que también ha desarrollado la Unión Europea con la creación de la llamada Fuerza Europea de Intervención Rápida. De esta manera, se dibuja un horizonte de intervenciones continuas a través de un ejercicio de la fuerza proyectado desde un paradigma de legitimación basado en la existencia real de un estado de excepción permanente.

Aunque las intervenciones se sucedan continuamente siempre se presentan como excepcionales. Esta excepcionalidad que tiene carácter normativo no solamente disloca y excede al Derecho

Internacional, sino que instituye al mismo tiempo una nueva forma de derecho que se inscribe en los paradigmas clásicos que sustentan la acción policial usual: despliegues de fuerza preventiva y represiva cuyo objetivo es la salvaguarda de un orden. La nueva forma de autoridad que ejerce el comando sobre los procesos de globalización se articula sobre este modelo, definiéndose en la práctica como poder de mando sobre la excepción y capacidad de despliegue de fuerza policial a nivel planetario. De Hecho, el carácter preventivo, deslocalizado y policial de las intervenciones nos habla de un verdadero y permanente estado de excepción y de emergencia. En este punto lo relevante es que dicho estado de emergencia permanente, que se enmarca en el ejercicio de una nueva autoridad que suspende la historia y que no conoce fronteras, es sistemáticamente justificado apelando a valores esenciales de justicia, es decir, que son valores universales los que subyacen a los procesos de legitimación de las intervenciones.

Como señalan Hardt y Negri, la centralidad discursiva y retórica de valores universales y patrones morales renueva y redefine la vieja categoría de "guerra justa" (*bellum justum*). Un proceso de redefinición de dicha categoría iniciado efectivamente con la llamada Guerra del Golfo y que señala otra de las rupturas importantes con las concepciones modernas de la guerra. El concepto tradicional de guerra justa, que se remonta a los antiguos órdenes imperiales y que descansa en la idea de que cuando un estado se halla enfrentado con un peligro de agresión tiene derecho a hacer la guerra (*jus ad bellum*), pone sobre la mesa dos elementos que el pensamiento político moderno y la comunidad internacional de Estados-nación se han negado a reconocer sistemáticamente: la banalización de la guerra y su celebración como instrumento ético. Precisamente estas dos características aparecen en nuestros días con una fuerza inusitada. Por un lado, el recurso a las intervenciones militares de naturaleza policial se banaliza porque pese a enmarcarse en una realidad de emergencia, constituye un verdadero procedimiento de carácter ordinario. Por otro lado, el recurso a un uso de la fuerza de índole preventiva encuentra su fundamento en la necesidad de salvaguardar valores universales, en la protección y constitución de la libertad y la democracia, es decir, que tal y como nos es presentada posee formalmente una naturaleza profundamente ética.

Si la guerra como elemento permanente de las relaciones entre los seres humanos fue definida por Hobbes como estado de naturaleza, como condición caótica que precede al orden de la soberanía y que se resuelve con el monopolio estatal de la violencia, por el contrario la guerra global permanente de nuestros días no antecede a la soberanía sino que es su forma de ejercicio, no es tanto la restauración del derecho y el orden sino el mecanismo mismo de su producción. En este sentido, es fundamental señalar una inversión importante: la conocida fórmula de Clausewitz que definía la guerra como continuación de la política por otros medios se ve completamente alterada. La guerra contemporánea es presentada como condición misma de la política, construyéndose la intervención militar como instrumento para posibilitar y activar la democracia y el espacio público. El caso de la agresión contra Irak o la devastación de Afganistán son evidentes en este sentido: aparecen directamente como precondiciones para la constitución de la democracia y el ejercicio de la política, no sólo porque aparentemente derrocan regímenes dictatoriales en aquellos territorios, sino porque construyen un supuesto ámbito de seguridad que permite precisamente el desarrollo de las llamadas democracias occidentales.

Desde este punto de vista, la guerra no aparece como acción simplemente destructiva, por el contrario es fundamentalmente una guerra que ordena: procedimientos efectivos de corte policial que sirven a la construcción de un orden moral, normativo, institucional y económico, es decir, que tienen carácter performativo. La guerra de nuestros días es una guerra constituyente, una guerra que reorganiza y reordena, una guerra capaz de proponerse como normalidad.

Esta naturaleza constituyente de la guerra contemporánea afecta a los campos de la subjetividad y la vida, es la guerra de un biopoder que pretende la consecución de un mando efectivo sobre toda la vida de la población, que persigue el permear y ordenar los modos de vida mismos. El sargento Sprague del ejército de EEUU expresaba su angustia los primeros días de la intervención en Irak: "me he tragado todo el desierto de camino hasta aquí desde Basora y no he visto todavía ni un centro comercial ni un restaurante donde comerme una hamburguesa. Esta gente carece de lo más elemental. Hasta en un pueblecito como el mío, de 2500 habitantes, tenemos nuestro McDonald's a un extremo del pueblo y nuestro Hardee's en el otro". Ordenar la vida significa necesidad de sujetarla a parámetros definidos, controlables, el desarrollo de una adecuación antropológica a los cánones de la vida según el mando occidental y neoliberal sobre los procesos de globalización. Junto

a la globalización de los intercambios económicos y culturales, junto al mercado global y a los circuitos globales de producción emerge un nuevo orden, una nueva lógica y estructura de mando, una nueva forma de soberanía que opera sobre todos los registros del orden social. No sólo maneja territorios y poblaciones, sino que también crea el mundo que habita. Ahí también reside el sentido y la pertinencia de las intervenciones.

Como señalara hace años el Subcomandante Marcos hablando de la "bomba financiera" como la nueva maravilla bélica de nuestros tiempos, en el fondo y en realidad su resultado no es solamente "un montón de ruinas humeantes, o decenas de miles de vidas inertes, sino una barriada que se suma a alguna de las megápolis comerciales del nuevo hipermercado mundial (...)". Su acción no consiste tanto en la anexión de territorios al modo del imperialismo colonial europeo, como en ordenarlos y sujetarlos en el ámbito geopolítico de los Estados dominantes y de la nueva forma de soberanía global encarnada en los capitales transnacionales y en los diferentes organismos nacionales y supranacionales que se movilizan bajo una lógica de mando común. No hay nada que anexionar porque en la globalización ya no existe un afuera. Como el propio Marcos señala, "en la globalización todo el mundo es el patio del poder, todo lo que acontece en cualquier parte del mundo puede ser considerado una amenaza directa a la seguridad interna".

Esta característica de interioridad global alrededor de la reunificación del planeta en torno a un mercado mundial globalizado, materializado plenamente a partir del colapso de los regímenes del llamado socialismo real, hace que resurja con fuerza la temática de la guerra civil como categoría de referencia. Es precisamente el escenario actual de reunificación absoluta del espacio mundial el que hace que a toda guerra desarrollada en su seno sea posible aplicarle el concepto de guerra civil. Por eso hay quienes hablan en nuestros días de guerra civil planetaria, una modalidad de guerra civil que se separa significativamente de su concepción clásica y que señala otra ruptura con el concepto moderno de guerra.

La guerra civil en su acepción moderna aparece ligada al concepto de Estado-nación, entendido como una entidad que teóricamente goza de una autonomía y una soberanía susceptibles de ser conquistadas. Desde este punto de vista, se trata de un conflicto que se desarrolla dentro de ese espacio estatal, en un interior delimitado, y que se diferencia plenamente de las guerras entre diferentes Estados. En los últimos dos siglos esta idea tradicional de guerra civil ha coincidido en no pocas ocasiones con la idea de revolución: el desarrollo de una alternativa de sistema a partir de la conquista del poder soberano. Si este modelo moderno de guerra civil reconoce la consecución de la paz como resultado de su culminación, una paz que tiene como condición el mantenimiento o la conquista del poder estatal, por el contrario la guerra civil planetaria no termina nunca, se convierte en la matriz del ejercicio contemporáneo de gobernabilidad y se confunde con la acción policial. Esta guerra de nuestros días, presentada como operación policial interna, contribuye a redefinir ella misma el espacio supranacional global como un interior unitario. Es calificada como guerra civil por muchos porque se desarrolla en el espacio interno de un planeta conectado enteramente en torno a un mercado mundial y regido por el mando de una nueva soberanía global.

Un espacio total en el que todo queda dentro, ese es el territorio de una guerra que no solamente es permanente, sino que aparece como eje de la gobernabilidad global. Su carácter de fenómeno total significa que no sólo tiene como dimensión espacial todo el planeta, sino que además posee una dimensión molecular, es decir, una suerte de "frente interno" compuesto de estrategias de control y de prácticas policiales aplicadas permanentemente contra las nuevas "clases peligrosas" y en particular contra la población migrante en Europa y Estados Unidos. La guerra global permanente posee una dimensión doméstica de la operación Enduring Freedom enunciada por George Bush que se define como avanzada de una guerra nunca declarada desarrollada en el propio territorio físico de las potencias occidentales, una guerra de baja intensidad: la guerra a la criminalidad difusa, a los migrantes y a los movimientos de contestación y disidencia.

En este sentido, es importante resaltar la existencia de una relación intensa entre las tecnologías de guerra y las prácticas de control social. Los nexos que ligan las estrategias de intervención militar global y las prácticas de control policial de carácter local son básicamente dos: el ya resaltado paso de la intervención bélica de la esfera semántica de la guerra a la de la policía internacional y el proceso paralelo de militarización de la policía y de las prácticas de control de los territorios locales. El primer momento de visibilización de este nexo se produjo a comienzos de los años noventa en

dos escenarios distintos: la intervención de corte policial en el Golfo Pérsico en 1991 y la intervención militar de los Marines y de la Guardia Nacional norteamericana en la revuelta de Los Angeles tan sólo un año después. Devenir policial de los militares y devenir militar de los policías se sobrepone conjugando directamente seguridad interna y orden global. Guerra global permanente: nueva forma de gobernanza que inaugura el siglo XXI.

## **2. Consenso, desobediencia, éxodo.**

Creo que la rebelión es un recurso enorme para la humanidad que pide justicia. Mi problema es evitar que sea transformada en guerra por el Imperio, porque ahí es donde se derrota a la humanidad, porque ese es el territorio de los criminales que nos gobiernan.

*Luca Casarini*

La premisa fundamental del actual movimiento global contra la guerra es la producción responsable de un consenso a partir y en el seno del cual construir y afrontar el conflicto. Las enormes movilizaciones contra la invasión de Irak que han sorprendido a propios y a extraños han sido posibles precisamente por la existencia de este consenso que ha aglutinado a muy diversas fuerzas políticas y sociales con sectores y espacios de la sociedad civil que han jugado un papel simbólico fundamental. Las históricas manifestaciones que sacaron a la calle a millones de personas los pasados meses de febrero y marzo en la ciudad de Madrid, por ejemplo, no hubieran sido posibles sin la movilización activa del mundo de la cultura, especialmente del sector cinematográfico. Este consenso, propio del ciclo de luchas globales y que se plasmó inicialmente en los Foros Sociales como espacios de convergencia pero también mucho más allá de ellos, toma cuerpo a través de políticas de alianzas inteligentes y necesarias ante la coyuntura mundial que se ha abierto en los últimos años. En este sentido, la guerra global permanente como nueva forma de gobernabilidad exige la apertura de un arco extenso de cooperación social y política entre diferentes, un espacio de comunicación y alianza capaz de resistir y cortocircuitar su lógica.

Nuestro tiempo es el tiempo de cataclismos sociales y ambientales terribles, de guerra total, de producción de pánico, de estado de excepción permanente, de erosión y fuerte virtualización de la democracia formal, de marcos de decisión global sobre nuestras vidas de carácter no electivo. La forma en la que la guerra se desarrolla en nuestros días no es más que la expresión de un estado de cosas general cuya última vuelta es el golpe de estado global que ha destrozado la ONU, ha convulsionado la Unión Europea, ha derrocado el Derecho Internacional y ha establecido el unilateralismo como elemento constitutivo de la concentración de los poderes globales en las manos monárquicas de Estado Unidos. Como señala Wu Ming, "hay momentos en la historia en los que el límite que separa al rebelde del democrático es sutil, casi transparente. Cada rebelde lucha por la democracia. Para afirmarla, cada demócrata deviene rebelde. Hoy, el objeto "democracia" es más débil que nunca, hasta el punto de que muchos, de modo más o menos explícito, están postulando su fin incluso en su dimensión ilusoria y formal. El rebelde y el demócrata deben hoy hablarse, discutir, encontrarse. Para mantener abierto el espacio de las propias diferencias, investigarlo, defenderlo y, finalmente, afirmarlo como forma y sustancia de la democracia misma". Aquí reside precisamente la importancia de la constitución de un fuerte consenso en el conflicto.

Los rebeldes deben impulsar, habitar y atravesar activa y responsablemente ese consenso, escuchando a los diferentes, contaminando democráticamente el espacio público de conflicto y aportando claves analíticas y propuestas políticas. En este sentido, la rebeldía en el seno del movimiento global contra la guerra toma cuerpo en la práctica de la desobediencia civil y social. Su acción política incide en el bloqueo de las estrategias de criminalización y mando sobre el movimiento a través de la deconstrucción política de las dos dicotomías clásicas con las que el poder fractura y separa los movimientos: violencia / no-violencia y legalidad / ilegalidad. Su papel es también enunciar y dar expresión política a las formas difusas con las que la multitud anuncia informal y subterráneamente elementos constituyentes de articulación de nuevas instituciones, gestos desobedientes y prácticas que desbordan el simple marco semántico de las enunciaciones y de la producción de opiniones de protesta. Las multitudinarias movilizaciones que hemos vivido en la ciudad de Madrid han puesto en el centro de los repertorios de acción colectiva la cuestión de la desobediencia de manera espontánea y sin mediaciones. Muchas de las manifestaciones han bloqueado durante horas el centro de la ciudad de manera ilegal y han intentado violar las "zonas rojas" establecidas por las autoridades locales en torno al Parlamento, algunos ministerios o la sede del partido en el gobierno. De manera espontánea hemos vivido acciones de ilegalidad de masa que

no se han estructurado o planificado por ningún centro rector, sino que han sido desarrolladas por la multitud de manera democrática y descentralizada. En este sentido, la rebeldía es una rebeldía sentida y compartida, la expresión de un deseo colectivo de cambio: una especie de ¡ya basta! que ha encontrado en la protesta contra la guerra en Irak un elemento dinamizador y de condensación de todos los malestares sociales acumulados en los últimos años.

Frente a las protestas, las estrategias de bloqueo del movimiento ya ensayadas repetidas veces contra el movimiento global en otras citas y momentos concretos: criminalización, producción de pánico en la población mediante duras acciones policiales con el fin de desmovilizar a través del miedo, intento de fractura del movimiento a través del fantasma de la violencia, etc. Las fuertes y multitudinarias manifestaciones que hemos vivido en la ciudad de Madrid se han encontrado con el despliegue de una estrategia de desestabilización y represión policial que, afortunadamente, ha sido identificada y bloqueada eficazmente. Las citas y protestas que conforman el calendario de las resistencias globales en torno a las contracumbres de los poderosos en los últimos años, han sido también escuelas de gestión del conflicto y de discusión sobre las dinámicas capaces de escapar a las estrategias represivas y desmovilizadoras. Esta experiencia empapa los análisis y las propuestas de los rebeldes en el seno del movimiento actual contra la guerra, fundamentalmente en lo que atañe a la cuestión de la violencia y la no-violencia.

El horizonte contemporáneo de las posibilidades en que se mueve la acción política se encuentra determinado por la producción sistémica del fantasma espectacular del terrorismo a escala planetaria. En nuestros días los repertorios de acción colectiva parecen condenados a moverse sobre el simulacro de dos únicos supuestos polos de actividad: el terrorismo y la no-violencia. Obligados a mirarse en el espejo de estas dos opciones, el carácter suicida y contraproducente del terrorismo, así como un necesario posicionamiento ético sobre el ejercicio de la acción política, lleva en no pocas ocasiones a los activistas y a los movimientos a aceptar la lógica de mando que se expresa en la dicotomía violentos / no-violentos. A esto ayuda la tradición de una práctica de no-violencia que, desde un eje de carácter netamente moral, presupone la injusticia inherente a la violencia y la pureza de los militantes y los actos no violentos. Sin embargo, toda pretensión de crítica a la violencia que pretenda situarse más allá o fuera de ella es, cuando menos, precaria desde el punto de vista teórico. Un buen número de autores han señalado y teorizado a lo largo de los años formas de violencia escurridizas y difícilmente identificables, pero que atraviesan todo nuestro mundo. En este sentido, la cuestión de la violencia es inaprehensible sin adentrarse en la temática del poder. Pese a que la tradición jurídico-institucional hegemónica ha impuesto la generalización de una concepción del poder como una propiedad, como una realidad sustancial localizada que se detiene o se delega, el poder no es una entidad que pueda ser entendida en esos términos. Su inteligibilidad pasa por una búsqueda que no se centre tanto en el plano de la autoridad y de la ley, como en un seguimiento a nivel molecular, en la pluralidad de relaciones de fuerza caracterizadas por algún tipo de asimetría que están diseminadas por toda la sociedad. La tradición materialista se ha ido conformando históricamente conceptualizando el ejercicio del poder como una forma de violencia. Como apuntan Hardt y Negri, hay toda una lista de autores que desde diferentes prismas han seguido el rastro de la violencia: "James Baldwin y Franz Fanon en lo que se refiere a la raza, Marx en lo referente a la clase, Ivan Illich en relación a la pobreza, Catherine MacKinnon en lo que se refiere a la sexualidad, etc. (...) En autores como Spinoza o Nietzsche la vida misma implica violencia y no tiene ningún sentido situar noción alguna del bien, de lo justo o de lo bueno más allá del contexto del ejercicio de nuestro poder. Todo lo que puede resultar de la proclamada extrañación de la violencia es, por lo tanto, una suerte de moral ascética que niega la vida". En este sentido, toda crítica a la violencia no puede ser concebida como una operación que circunscriba de forma preliminar los límites de la violencia, sino como una actividad de distinción de los diversos tipos de violencia y de ejercicio del poder. Distinguir se hace un ejercicio vital que es necesario comunicar ampliamente en el seno de los movimientos: distinguir las toneladas de bombas y misiles que los señores de la guerra y del dinero han arrojado a la población irakí, de las decenas de huevos que la sociedad civil ha lanzado a los diputados que han votado a favor de la guerra; distinguir la muerte diaria de hombres, niños, mujeres y ancianos por hambre y enfermedades curables como resultado directo de las políticas que implementan los señores de la guerra y del dinero, de las acciones puntuales contra restaurantes McDonalds desarrolladas por manifestantes en el curso de las protestas contra la guerra; distinguir la contaminación de los mares y el aniquilamiento de la fauna marina, del lanzamiento de un bote de pintura contra la sede de un partido que apoya la guerra o de

una insignificante piedra para defenderse de un policía que dispara balas de goma provisto de escudo, porra, casco y protecciones por todo el cuerpo.

En cualquier caso, es obvio que se han operado cambios importantes que están condicionando las maneras de afrontar el conflicto y señalan la imposibilidad del sabotaje en términos clásicos. Frente a la guerra global permanente no vale esgrimir el lema de "guerra a la guerra" que atravesó a gran parte del movimiento obrero europeo durante la Iª Guerra Mundial. Es necesario pensar repertorios de acción colectiva y prácticas eficaces desde el punto de vista estratégico y comunicativo que estén a la altura de los tiempos y sean capaces de escapar a la criminalización. Cuando la guerra misma se convierte en tecnología política de control social, se torna guerra del imaginario y en el imaginario, atraviesa el conjunto de las relaciones sociales y se despliega molecularmente por toda la sociedad. Cuando la guerra no tiene límites ni espaciales ni temporales, es decir, no da lugar a un afuera, la desertión se convierte en el elemento central de la acción política rebelde. La rebeldía en el seno del movimiento de movimientos contra la guerra se expresa en una simple y sencilla proposición: contra el arte de la guerra, el arte de la desertión. En el marco del contexto bélico que hemos dibujado, la desertión pierde su carácter de simple rechazo a las armas y se despliega como conflicto social cuyo sentido es la producción colectiva y comunitaria de ejercicios de sustracción a la lógica que impone la máquina bélica. Precisamente este es el horizonte en el que los rebeldes plantean la desobediencia como el elemento fundamental que permea sus acciones y lo ligan indefectiblemente al concepto de éxodo como lógica sustancial de sus propuestas.

La desobediencia no se plantea como una organización o una técnica, sino como el espacio político de encuentro entre los rebeldes y los demócratas. Existen dos tipos clásicos: una desobediencia de carácter liberal y otra de tipo radical. La primera se explica y circunscribe al enfrentamiento a leyes o actos de la autoridad que son considerados contradictorios con normas o principios de rango superior. La definición del denominado derecho de resistencia que protagonizó John Locke, decisiva en la fundamentación teórica de la rebelión de los colonizadores de Norteamérica contra las cargas tributarias de la corona inglesa que culminó con la Declaración de Independencia de los EEUU en 1776, es considerada como uno de los elementos más relevantes en este sentido. A través de ella el liberalismo político da lugar a la definición de un concepto de desobediencia civil que parte de la posibilidad de rechazo de toda ley o iniciativa gubernamental que muestre una cierta incoherencia o contradicción con otras normas fundamentales, reconociendo de esta manera la pertinencia de la resistencia frente a lo que se denomina "mal gobierno o legislación injusta" en relación a un dictado constitucional o una norma jurídica superior. Por el contrario, la concepción radical de la desobediencia pone en cuestión la propia facultad de mandar del Estado, se despliega contra una norma fundamental no escrita que establece la aceptación incondicional del mando como presupuesto. Hobbes de nuevo lo deja meridianamente claro: "la obligación de obedecer, según la cual son válidas las leyes civiles, precede a toda ley civil". En este sentido, la desobediencia radical precede a las leyes civiles porque no se limita solamente a violarlas, sino que cuestiona el fundamento mismo de su validez.

La desobediencia civil es uno de los elementos fundamentales presentes en el movimiento contra la guerra. Su acepción de corte liberal se desarrolla ampliamente incluso por los rebeldes: frente a la ilegalidad de la figura de "guerra preventiva" y la vulneración de la Carta de Naciones Unidas y de los principios fundamentales del Derecho Internacional, la desobediencia aparece como una práctica legítima de acción política. La paradoja reside en el hecho de desobedecer a ley para hacer que esta se cumpla, en desarrollar acciones de desobediencia que precisamente pretenden reintegrar un orden. La tarea de los rebeldes en este sentido reside en proponer acciones y gestos desobedientes concretos adecuados en términos estratégicos, éticos y comunicativos. Obviamente es un asunto complejo. Los antiguos monjes blancos europeos se referían a ello después de las históricas jornadas de protesta contra la reunión del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en la ciudad de Praga en septiembre de 2000: "la desobediencia civil no es un asunto sencillo. Necesita mantener unido el justo y apremiante problema del enfrentamiento físico, del uso de la fuerza, con la práctica social de la multitud. Necesita conciliar las formas más eficaces de la acción directa con la necesidad de ser incluyente, de ampliarla y no restringirla tan sólo a la acción de unos pocos. Tiene que producir efectos concretos y, al mismo tiempo, no dar la idea ni de "escena" ni de ser un hecho crudo, aislado y sin perspectivas. Tiene que transformar la ilegalidad en legalidad, necesita conseguir que el enemigo pierda su consenso y acrecentar el suyo. Y, en fin, necesita mantener siempre la situación bajo control, es decir, tiene que ser organizada y no abandonada a las pulsiones, legítimas pero individuales. Tal desobediencia civil necesita llevar consigo redes sociales

que no se disocien de lo que se hace, sino que lo aprueben, lo sostengan, lo reivindiquen y lo defiendan". Los rebeldes deben proponer ejercicios de desobediencia civil que respeten los principios del consenso general que ha dado lugar al movimiento contra la guerra y que, al mismo tiempo, sepan escapar eficazmente a los procedimientos de criminalización y a los aparatos de captura en las lógicas que se fundamentan en una supuesta escisión entre violentos y no-violentos. Sus manifestaciones concretas deben ser sentidas como propias por todos o, al menos, encajar plenamente con los análisis y discursos básicos de conjunto, impidiendo que se conviertan en patrimonio de grupos concretos o que den lugar a espacios identitarios cerrados, separados y autorreferentes: hacer de la desobediencia el sustrato y la praxis común del movimiento.

La práctica rebelde de la desobediencia es un híbrido entre su concepción liberal clásica y su deriva radical. Desde este punto de vista, cuando se desobedece colectiva y públicamente a una ley o a un dispositivo de autoridad no sólo se está empujando el límite entre legalidad e ilegalidad, sino que además se está enunciando una sustracción que implica deseo y construcción de una nueva legalidad desde abajo: la desobediencia posee un carácter constituyente que pone en cuestión el monopolio de la decisión política. Este juego rebelde de sustracción y constitución hace que el conflicto no sólo se manifieste como protesta, sino que lo haga fundamentalmente como defección. Como señala Beppe Caccia, es necesario "pensar en la práctica de la desobediencia como algo que ciertamente resiste, rechaza, pone en discusión cuanto de odioso e inaceptable hay hoy en el poder imperial y en sus articulaciones locales, territoriales y sociales, pero que al mismo tiempo es algo inmediatamente productivo y creativo, inmediatamente constitutivo de una nueva realidad". La práctica política zapatista resulta paradigmática en este sentido, constituye un interesante espejo en el que mirarse. El levantamiento armado del EZLN en enero de 1994, que se legitima formalmente en la propia Constitución mexicana, expresa la necesidad y la pertinencia de desobedecer a un mal gobierno. La construcción y articulación de los Municipios Autónomos en Rebelión supone una realidad tangible de nueva legalidad desde abajo y una experiencia material y real de nueva vida en el territorio chiapaneco. Esta doble articulación zapatista entre acto ilegal y producción de nueva legalidad de base es el elemento fundamental de la concepción rebelde de la desobediencia. Ésta no constituye una línea política para los rebeldes, sino la manera de pensar y construir un conflicto que ya no tiene como eje programático la toma del poder, sino la construcción material de nuevas realidades sociales y políticas que se sustraigan a los designios y las lógicas que éste impone y activa: un verdadero éxodo constituyente.

En este campo de la acción política rebelde la temática de la violencia sufre una redefinición absoluta: en el marco de un éxodo que significa sustracción emprendedora, el hipotético recurso a la violencia únicamente puede aparecer como acción de salvaguarda de las formas de vida, las instituciones y las relaciones comunitarias experimentadas a lo largo del camino. Como escribió Lawrence, "las viejas armas ya no sirven, rehacedlas y apuntad bien". La rebelión en el tiempo de la guerra global permanente es un éxodo que inevitablemente implica conflicto: los poderosos del planeta no renunciarán fácilmente a imponernos la permanente obediencia a sus designios.